

***Interculturalidad y política. Desafíos y posibilidades.*** / Ed. Norma Fuller. Lima: Fondo Editorial PUCP, 2002, 447 pp.

La apuesta por entender nuestra sociedad nos lleva a experimentar en el uso de términos que den cuenta de los procesos de cambio, de interrelación, de hibridación y de fragmentación en ámbitos en los que las *antiguas* fronteras que por lo general eran puestas por los propios científicos sociales han sido desplazadas. Es justamente ello lo que el libro *Interculturalidad y Política* aspira a lograr.

El tema central del texto es cómo abordar la diversidad cultural. Una diversidad que no implique construcciones monolíticas y esencialistas de culturas cerradas sobre sí mismas, que vaya más allá de la ecología cultural (proteccionista), la asimilación (*melting pot*) o el multiculturalismo. Es precisamente en torno a la propuesta intercultural y su implícito reconocimiento en el ámbito de lo político que gira este libro. Sin embargo, esta propuesta resulta todo un desafío: la posibilidad de construir sistemas políticos en los que se armonice el respeto a los derechos ciudadanos y el reconocimiento de la diversidad cultural; tal elaboración cruza no solo el interés de las ciencias sociales, sino que es uno de los mayores retos que se plantean los Estados modernos.

Resulta gratificante, además, que este volumen cuente con el aporte de diversos especialistas latinoamericanos que abordaron desde sus experiencias (en Perú, Guatemala, Ecuador, Bolivia y Colombia) distintos ángulos de la propuesta intercultural: las políticas públicas, sus actores sociales, la construcción de la etnicidad, la educación y la identidad nacional. Cabe agregar que cada artículo está seguido de comentarios (Degregori, Portocarrero, Gölte, Castro y Romero) que son tan valiosos como los mismos ensayos.

En la primera parte, reservada al tema interculturalidad y políticas públicas, Virgilio Alvarado presenta una sumaria definición de la propuesta intercultural y analiza, a partir de un caso práctico, cómo esta relación se ha ido desarrollado en Guatemala. Pone en evidencia cómo la construcción de identidades nacionales ha sido impulsada a través de formas impositivas y violentas de homogenización y uniformización. La propuesta intercultural, según Alvarado, sería un intento de superar estos obstáculos y edificar una ciudadanía basada en la equidad y el respeto a la diferencia.

El ensayo de Fidel Tubino es un intento de reflexionar teóricamente sobre la interculturalidad en el Perú. Busca hacer un balance de los alcances y de las deficiencias de las políticas culturales basadas en el multiculturalismo tras dis-

tinguir las filosofías que las sustentan. Dicho análisis le permitirá contrastarlas con la propuesta de interculturalidad, contraste que finalmente servirá de apoyo para revisar algunos de sus alcances y limitaciones como propuesta ético política.

Carmen Ilizarbe centra su ensayo en los límites y las posibilidades que se encuentran para impulsar la interculturalidad y la democracia en el Perú. Ilustra el tema a partir del análisis de las demandas que los grupos poblacionales víctimas de la violencia política plantean al Estado. A partir de este caso identifica las trabas más fuertes para incorporar la perspectiva intercultural en las políticas de Estado. Termina avanzando una propuesta para diseñar políticas públicas que promuevan la interculturalidad y las relaciones democráticas entre el Estado y la sociedad civil.

En la segunda sección del libro, Walsh, Regalsky y Urrea ubican el debate de la interculturalidad en función de sus actores sociales, es decir, en cómo estos la entienden y cómo negocian sus intereses frente a la cultura hegemónica. Catherine Walsh sostiene que —a diferencia de otras propuestas en las que el Estado es el principal propulsor de las políticas interculturales— en el Ecuador estas han sido impulsadas por el movimiento indígena. De acuerdo con Walsh, el proyecto intercultural ecuatoriano se sustenta en el desafío a los supuestos sociales, políticos y epistemológicos de la cultura hegemónica. No obstante, Walsh reconoce que la tarea de desubalternizar y descolonizar es difícil debido a que la propuesta intercultural no proporciona una base de significados estables ni necesariamente compartidos; de hecho, en la práctica, los grupos indígenas y afroecuatorianos a menudo caen en el divisionismo y el etnocentrismo en su lucha por revalorar lo propio.

El texto de Regalski analiza la ley de reforma educativa boliviana de 1994 para ilustrar los límites que existen al implementar una política intercultural. El autor señala que la propuesta de educación intercultural se debate en medio de las tensiones inevitables entre el mundo de la escuela y del Estado (sustentados en la tradición escrita), y el mundo andino de tradición oral. Para Regalsky, oralidad y escritura serían parte de dos sistemas contrapuestos, incompatibles e mutuamente intraducibles. Todo ello nos señalaría los límites de la interculturalidad. Coincidiendo con Ilizarbe, pero desde un análisis más centrado en la importancia de los actores, Regalski destaca la necesidad de que la propuesta intercultural se enmarque dentro de movimientos políticos, en los que la transformación no sea cuestión solo de reconocer la diferencia cultural sino una consecuencia de cambios en las relaciones de poder; de otro modo, no pasaría de ser un buen deseo.

Fernando Urrea y Teodora Hurtado enfocan su análisis en las nuevas identidades étnicas en Colombia. Lo interesante de esta ponencia es que rescata la categoría *clase social* que —muchas veces por prejuicio— ha caído en desuso. Así, sostienen que muchos de los enfrentamientos étnicos de la Colombia actual tendrían un trasfondo de clase. Un último elemento que tienen en cuenta es el fenómeno de la invención de la memoria étnica y de las identidades culturales. Según señalan, la nueva ideología de los organismos internacionales (Banco Mundial, ONU, BID, etc.) ha introducido la interculturalidad como un eje y la impone como requisito para asignar partidas a las poblaciones de bajos recursos. Este hecho ha propiciado un proceso de *reethnización* de las poblaciones negras.

Una tercera sección del libro intenta dar cuenta de cómo la etnicidad se construye por acción de los mismos actores y de los expertos. A partir de los cambios observados en el culto al Señor de *Qoyllur Rit'i*, Javier Ávila analiza el proceso de reconstrucción de las identidades en un contexto de globalización. Para ello estudia el caso emblemático del culto y peregrinación al santuario del Señor de *Qoyllur Rit'i* y su escenificación en Lima y Nueva York. Según señala Ávila, en vez de mantener las oposiciones étnicas —caras a los científicos sociales (indio, cholo, mestizo, andino)—, los devotos del Señor de *Qoyllur Rit'i* usan formas de clasificación que expresan sus estilos de consumo o las nuevas lealtades que tejen con sus lugares de residencia y de origen. Ávila concluye que la migración no puede entenderse como un simple proceso de aculturación sino como uno de compleja hibridez y heterogeneidad cultural.

Siguiendo una línea similar a la antecedente, Diez se pregunta cómo se produce y reproduce una cultura tradicional en un contexto de interculturalidad inevitable. Para responderlo toma el caso de Tupe, una comunidad en la sierra de Lima, y analiza la manera en que misioneros, investigadores, científicos sociales y promotores turísticos han descrito la historia de Tupe. Paralelamente, reconstruye la manera en que los propios tupinos retoman dichas miradas para interpretarse a sí mismos. Este estudio nos muestra cuán abierto y dinámico es el proceso de creación de la identidad cultural, cómo los puntos de vista —internos y externos— se encuentran, y revela algunos de los mecanismos a través de los cuales se construye la *historia auténtica*.

En el último texto de esta sección, Gisela Cánepa observa un tema que ya Diez introdujo: cómo se construye la autenticidad y el papel que juegan en ello los actores sociales, es decir, las complejas micropolíticas a través de las cuales se inventan y construyen las identidades. Su análisis toca uno de los temas centrales de la propuesta intercultural: cómo se construye la diferencia y hasta qué punto puede hablarse de tradiciones fijas. Según propone, es necesario

dejar de lado la concepción de tradición, como expresión de cualidades fijas, para entenderla como un campo de disputa entre diversos actores.

La penúltima sección está dedicada a la educación intercultural. Esta se inicia con el artículo de Madeleine Zúñiga y Modesto Gálvez, quienes nos proporcionan un balance del proceso educativo y de las reformas de las políticas educativas llevadas a cabo durante el siglo pasado en el Perú. Su análisis revela la ineficacia de la educación bilingüe intercultural en todo este periodo. Según sugieren, ello se debería a que el Estado no apostó por ella, y advierten la insuficiencia de las estrategias para abordar la diversidad cultural.

El texto de Ansión apuesta por un proyecto educativo intercultural. Enfatiza en tal sentido aquello que une a las diferentes culturas, como lo indicara en su comentario Augusto Castro: aquella unidad que respete la diferencia. Es en este aspecto, refiere Ansión, que la Antropolgía puede y debe aportar. Su especialización en el *otro* debe ser reformulada tanto a partir de aquello que diferencia a las distintas culturas como de lo que les une.

Por otro lado, el artículo de Patricia Ames recoge dos experiencias educativas que se contrastan: la de las comunidades quechuas de la sierra sur y la de las comunidades shipibas de la Amazonia central. Considera que ambos grupos reconocen en la educación un mecanismo fundamental para lograr la integración con a la sociedad nacional, alcanzar la equidad y superar la subordinación de las poblaciones indígenas. Sin embargo, ambas presentan posturas opuestas frente a ella. Ello se debería a la historia de las relaciones de cada uno de estos diferentes pueblos con el Estado nacional y con la institución educativa.

La quinta y última parte del libro gira en torno al debate de la identidad nacional. La abre Claudia Briones reflexionando sobre los cambios en las políticas de reconocimiento del Estado argentino debido a que las naciones indígenas se están convirtiendo en sujetos de derecho internacional; esto fuerza a dicho Estado a revisar su sistema jurídico para dar cabida a la diversidad. Sin embargo, señala Briones, ello se contradice con los paradigmas del Estado-nación: una sola identidad y cultura. Finalmente, la autora se pregunta hasta qué punto este giro expresa un interés por cambiar las políticas dirigidas a los pueblos indígenas, y si no es, más bien, fruto de una adecuación superficial a la retórica de los foros internacionales.

Finalmente, el ensayo de Norma Fuller analiza las versiones sobre la sociedad peruana y la identidad nacional, elaboradas por políticos y académicos, en las cuales se define al Perú como un país que hunde sus raíces en el pasado prehispánico cuyos auténticos representantes son los indios y nativos. Sin embargo, Fuller propone que este relato sobre la identidad nacional es una de las

estrategias a través de las cuales ciertos sectores —en este caso, las clases medias— se apropiaron de la voz activa y se identificaron como los auténticos voceros de los intereses nacionales. Este ensayo muestra de qué manera la construcción de la identidad nacional supone complejos juegos de poder.

Todos estos ensayos, muestran que la interculturalidad es un tema que merece esfuerzos de largo aliento. Dependerá del compromiso y rigurosidad de estos estudios el que esta gane espacios y no se convierta en la remozada utopía de la convivencia justa y pacífica

*Margot Orozco Delgado*<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Pontificia Universidad Católica del Perú.

